

La Ciudad Universitaria: corazón de los encuentros

ENRIQUE X. DE ANDA ALANÍS

Para Jorge Alberto Manrique

Alejado físicamente de la Ciudad Universitaria, antes de acometer esta redacción he iniciado un ejercicio de invenciones y recuerdos. Frente a mí, he dispuesto una serie de esas famosas fotos en blanco y negro que nos muestran a la Ciudad Universitaria con la escalofriante pureza geométrica de los tiempos de su inauguración; dentro de mí, sólo he dejado que regresen las imágenes recogidas en esa misma urbe, a lo largo de mis veintiocho años de universitario.

De las fotografías recojo una vez más los contrastes: ¿cuántas veces no he tocado con la mirada las sinuosidades dramáticas de los pirules y los colorines que se recortan contra los planos cuadrangulares de los edificios? También las imágenes de los parajes transformados por la voluntad plástica que fincó en el ángulo recto el verbo del discurso de la modernidad. En derredor, siempre, el horizonte ondulado de la sierra que circunda el valle, con la aquilina silueta del Ajusco; grandes sombras arboladas que se cuidan de no invadir los rigurosos daderos que finamente trazados organizan el sitio. Cielos que se intuyen profundos por las masas de nubes pesadas que juegan también al contraste y a la armonía, que se abren hacia el fondo para dejar que los prismas avancen creando su espacio y que se levantan para jalonar su lugar en el entorno.

De los recuerdos surgen los pasos, el andar por el campus, el atravesar las praderas de concreto y las llanuras de pasto. La piedra sempiterna de la Ciudad Universitaria; piedra suave y negra, que sigue recogiendo el calor del tiempo y que abrió sus poros al cincel del artesano que la esculpió en el piso y en el muro. La piedra que sube y baja en las escalinatas, que limita los jardines, que apoya los edificios. Los pasos a los conciertos con Eduardo Mata los viernes en Filosofía y Letras; el caminar al prado de las ardillas y a la cafetería de Radio UNAM; el ir al cineclub y también el correr cuando los hombres de verde llegaron a la Ciudad Universitaria en septiembre de 1968. El andar con una regla "t" bajo el brazo descubriendo que, de veras, las sombras y la luz ensamblan el volumen de la arquitectura.

Espacios y evocaciones

Pero a mí me gustaba andar a tientas, sólo guiado por mis manos o en todo caso por mis pies descalzos. Tocar la casa, palpar sus paredes, sus puertas, sus ventanas, sus pestillos, contar sus escalones, abrir sus armarios, todo eso era mi forma de poseerla.

Mario Benedetti: *La borra del café*

La arquitectura, como dice Benedetti, se posee. Primero, la aproximación, la necesidad de vivirla para satisfacer una función social; después la seducción, la sorpresa frente al encuentro, la identificación de las partes y el inicio del otro recorrido que no se hace con el tránsito sino con la emoción: palpar las paredes y abrir los armarios, como dice Benedetti; después, hacer propia una parte del territorio, una parte del ambiente. La Ciudad Universitaria es como la casa de Benedetti: hemos aprendido a contar sus escalones y a guiarnos por sus veredas con el gusto de los pies descalzos. Más allá de los senderos de lo cotidiano, los que nos llevan de una facultad a otra, todos los que hemos vivido el campus universitario hemos conducido nuestros andares hacia esos espacios del encuentro, lugares donde muchas veces la estética fue desbordada por condiciones que sólo tienen que ver con nuestro propio gusto del sitio. Circundando el campus central hay un camellón que está sembrado con un bosque de eucaliptos.* A medida que el camellón se interna hacia los circuitos externos, el bosque crece en altura y en densidad, y las fantasías de encontrarse frente a un pasaje olvidado se hacen cada vez más vivas: ¿quién no recorrió el "camino verde" próximo al campo deportivo y

* En el momento de escribir estas notas, el camellón lateral de la Facultad de Arquitectura ha sido brutalmente mutilado. Desconozco en aras de qué magnánimo propósito, en la propia Universidad, se ha podido llevar a cabo este ecocidio.



Biblioteca Central. Foto: Cecilia Gutiérrez

en la frontera del campus original? El “camino verde” con su piso de piedras irregulares separadas por culebras de pasto y largas cortinas de pirules y eucaliptos que lo convierten en un sitio íntimo. ¿Quién no se ha cautivado con los murallones de piedra de los frontones, con su potencia geométrica y la vastedad de las plazas que los circundan? A diferencia de los edificios prehispánicos evocados por los frontones, éstos no parecen haber estado ahí desde siempre, sabemos de su novedad en el sitio y por eso el asombro: perfección del trazo con medios mecánicos, contra la maleza silvestre que trepa por las juntas de las piedras; sensualidad táctil de la piedra volcánica, contra el vacío espacial de los planos verdes interiores. Las albercas juegan a la irregularidad de los contornos de un lago y son siempre el origen de la frescura con el azul profundo de sus estanques.

Hay en la Facultad de Arquitectura una plaza que limita precisamente el gran parque del centro de la ciudad, de la zona de las aulas que conviven con los jardines de piedra. La plaza tiene pirules, un pavimento de formas irregulares dibujadas por la rajuela de piedra en el concreto y una banca, solamente una banca, para pensar, imaginar, llorar o enamorarse. Frente a la banca, el juego de rampas del edificio que fue el “Café Central” de la Universidad y que dejó de serlo por la aparición del silogismo impuesto por la burocracia universitaria, el cual demostraba que la delincuencia social germinaba en las cafeterías universitarias (¿algo similar pretenderá justificar la infame tala de los camellones en 1994?); ya no hay más centro de reunión de la comunidad en el campus, pero ahí están esas magníficas rampas cuyos planos inclinados tanto sugieren

la producción mecanizada de las bandas sin fin de los años cuarentas. Y también se encuentran ahí las esbeltas columnas tubiformes que sostienen la losa del entrepiso; de ellas prefiero pensar que más sirven para enfocar una perspectiva que para rigidizar la estructura. La escalera, en el extremo contrario a las rampas, surge de un agujero en el cielo y ahí mantiene, desde hace más de cuarenta años, las líneas voladas de sus escalones como rayando el parque, como geometrizando el aire.

También en la Facultad de Medicina hay rampas. Son unas enormes tablas inclinadas que de pronto zigzaguean allá en el horizonte y que a mí siempre me han recordado la mentalidad perfeccionista, aunque no ajena a la estética, que se profesaba en el Bauhaus de Gropius. Ver las batas blancas moverse en las rampas y recordar el cuadro de Oskar Schlemmer, “la escalera del Bauhaus” de 1932, es consecuencia inmediata: en la imagen de Schlemmer, gente sube y baja en un mundo de líneas y colores; en medicina, las rampas dan las líneas y bajo las batas van los colores. Más allá de la Facultad, rumbo al oriente, está la Torre de Humanidades II; hace cuarenta años fue considerada el recinto de la

investigación científica de México, cuando se consagró como la Torre de Ciencias. Hoy en día no hay más ciencia, pero sigue vigente el espacio abierto desde el cual se domina la gran plaza de las facultades científicas al poniente de la Ciudad Universitaria. Hace muchos años hubo una escultura de Prometeo que, inmolado, se elevaba al cielo para ser una estrella. Hoy día los velos de los pirules y las cascadas de jacarandas en la primavera nos acercan a las estrellas: la lluvia en la Ciudad Universitaria nos lleva a imaginar que estamos en ellas.

La historia del campus

*Desde las ventanas del salón observa el archipiélago
de verdes islas que emergen en
ese mar de pasto y también el ir y venir de
los estudiantes.*

Daniel García Fernández: *Paseo de las Facultades*

Hace cincuenta años los terrenos de la Ciudad Universitaria eran todavía el páramo yermo del Pedregal de San Ángel. El rector Brito Foucher, ante la necesidad de albergar a la Universidad Nacional en instalaciones concebidas expresamente para fines académicos, propone la idea de que sea en ese sitio donde se construya la nueva sede de la máxima casa de estudios; el rector Zubirán consigue la expropiación de la zona en 1946 y en 1948 el rector Luis Garrido, con el apoyo presidencial del licenciado Miguel Alemán, logra consolidar un programa de obra que, de manera relativamente modesta, se

había iniciado dos años antes. En 1947 y tras la celebración de un concurso de diseño en la Escuela Nacional de Arquitectura, surge el trazado general que más tarde se convirtió en el plan maestro. Los autores del proyecto ganador fueron los estudiantes Enrique Molina, Teodoro González de León y Armando Franco; los responsables del plan maestro hasta la consumación de la obra el 20 de noviembre de 1952 fueron los arquitectos Mario Pani y Enrique del Moral. En 1949, su colega Carlos Lazo fue nombrado gerente general de la Ciudad Universitaria, con el encargo, por parte del Patronato, de coordinar todo el trabajo de ejecución de las obras de edificación del conjunto universitario. El 5 de junio de 1950 se puso la primera piedra de la Torre de Ciencias, lo cual simbolizaba el inicio de la construcción de toda la Ciudad; el 20 de noviembre de 1952 el presidente Miguel Alemán encabezó la ceremonia de inauguración de los nuevos recintos universitarios.

Es reconocida a lo largo de la historia del arte mexicano la importancia que tuvo tanto el proyecto del conjunto universitario como los de los edificios dispuestos para la enseñanza y la administración. Un grupo de más de setenta arquitectos mexicanos se expresó estéticamente con un lenguaje plástico preponderante: el internacionalismo, amén de que se presentaron también algunos otros casos singulares elaborados con diferentes patrones formales. El internacionalismo, herencia del funcionalismo de los años veintes, fue ejercido en el México del medio siglo como sinónimo universalmente aceptado de modernidad y progreso técnico y artístico. Pani y Del Moral, autores del proyecto de conjunto, dirán en 1985 acerca de la concepción arquitectónica de la Ciudad Universitaria:

No se dudaba que se debía expresar que la obra se realizaba en 1950, es decir que correspondía al movimiento y las tendencias de la arquitectura mundial en ese momento, pero sin olvidar que también debía percibirse que lo realizado recogía y expresaba las condiciones culturales, económicas y físicas de México. Es decir que la CU debía ser *una expresión de México en su tiempo, pero así mismo de su circunstancia: una interpretación de la modernidad realizada por México, en México.*

A lo largo de cerca de veinte años (desde la fecha de su inauguración hasta el inicio de los setentas), el campus original mantuvo la integridad del proyecto original; pocas modificaciones ocurrieron y escasas construcciones nuevas se llevaron a cabo a lo largo de esta etapa. Los cambios comienzan en la década de los setentas, motivados por el incremento de la población universitaria que desborda los límites de las áreas consideradas de crecimiento futuro. La expansión se inicia hacia el sur, contigua a los campos deportivos, y hacia el suroccidente; el "anexo" de la Facultad de Ingeniería es el conjunto pionero que promueve el tránsito de estudiantes hacia un territorio que, hasta ese momento, había sido parte del contexto

montaraz del pedregal. Los autores del plan original lamentarán, años después, la decisión que tomó la autoridad universitaria de rebasar el límite primigenio del campus, pues con ello terminó por perderse la idea que buscaba integrar a los "ciudadanos universitarios" en espacios de uso común sin que dejaran de participar en el ámbito de sus escuelas. Al fundarse nuevos edificios cada vez más alejados del campus, se crearon otros centros de coincidencia pero generalmente separados en función de áreas del conocimiento, y cada vez con menores posibilidades de acercamiento a centros homólogos.

La "Ciudad de la Investigación Científica" al sureste del campus es el primer gran polo alterno que se consolida en los setentas; a partir del anexo de Ingeniería se desarrolla el poblamiento de la franja sur de la Ciudad Universitaria original, con la nueva Facultad de Comercio, los institutos de área de Ciencias y la propia Facultad de Ciencias, que inicia el jalonamiento hacia el este, con los anexos de Química, la nueva Facultad de Ciencias Políticas, la tienda, etcétera. El otro núcleo urbano creado también en los setentas es el del Centro Cultural Universitario al sur del territorio universitario, con la Biblioteca Nacional, la Sala de Conciertos Netzahualcōyotl, los cines y los teatros. En el periodo de los ochentas y hacia el este de dicho conjunto cultural, se construye la "Ciudad de las Humanidades" que concentra a todos los institutos afines; el hoyo en la nada que ha sido siempre el "Espacio Escultórico" empezó a emocionar a sus espectadores dentro de este nodo cultural universitario también a fines de los setentas. En los años recientes se ha continuado con la edificación primordialmente en el sector sureste del recinto universitario, precisamente en la zona involucrada con el área de la ciencia. Sin duda, los nuevos locales garantizan las mejores condiciones de comodidad para el desempeño académico; pese a ello, algunos echamos de menos la charla vespertina en el café central, atravesar la explanada de Rectoría para llegar al concierto del viernes en Filosofía o los jueves de cine-club en Economía.

La arquitectura en la Ciudad Universitaria

Estamos aquí, en suma, haciendo universidad en el más amplio sentido, integrando el pensamiento, el anhelo y la labor de todos a través de la cultura. No estamos poniendo una primera piedra en el primer edificio de la Ciudad Universitaria; estamos poniendo una piedra más en la fervorosa construcción de nuestro México.

Carlos Lazo: *Discurso*, 5 de junio de 1950

A mi modo de ver, la arquitectura de la Ciudad Universitaria puede ser revisada desde la perspectiva de tres estilos y dos tendencias; los estilos están perfectamente identificados por la historia del arte, las tendencias avanzan hacia su consolidación

estilística. Los tres primeros son el internacionalismo, la integración plástica y el prehispanismo; los dos segundos son el plasticismo y los desarrollos recientes.

Internacionalismo. Cuando en 1985 Pani y Del Moral definieron la condicionante que prevaleció para el desarrollo de los proyectos arquitectónicos de las dependencias universitarias, dijeron que “el *funcionalismo* había sido superado, aunque perduraba la disciplina producto de esa formación. Esta disciplina unificó la diversidad de los proyectos y contuvo el posible desbordamiento de un exagerado y personal expresionismo”. Con esto se referían a dos circunstancias básicas para comprender la arquitectura de esta primera etapa: ellos dos, como directores del proyecto, habían establecido las condicionantes de diseño que habrían de regir en todos los planes. Tales condicionantes y la disciplina heredada del funcionalismo integraron el estilo internacional surgido en México hacia los años cuarentas, modalidad encargada de dibujar la nueva fisonomía del país y dispuesta a no creer más en el nacionalismo como fuente única y posible de identidad, ni en el funcionalismo como instancia exclusiva para la innovación.

La arquitectura que integra el campus original responde rotundamente a los principios internacionalistas; aun los edificios de la Biblioteca Central y de Rectoría, con sus aplicaciones de integración plástica, son tributarios de la morfología del estilo internacional. Se trataba en principio de continuar con los paradigmas de claridad fundada en la interpretación

de los esquemas, tanto los que tenían que ver con la organización interna de los edificios, como los que se involucraban en la composición de fachadas y conjuntos. En esta medida, los partidos de los edificios coinciden en presentar trazados de continuidad lineal, con comunicaciones verticales exentas generalmente del contorno de la planta; pasillos que con lógica abrumadora van introduciendo a los usuarios en sentidos perpendiculares. A su vez, la composición externa está regida por varios elementos: unificación de alturas (excepto en las “torres”), plantas bajas libres, columna en planta baja como circunstancia plástica autónoma, transparencia mediante el empleo de cristal, policromía lograda con el color natural de los materiales de construcción (piedra, ladrillo vitrificado, tabique de barro prensado) y un manejo *mondrianesco* del diseño de la ventanería, a través de las líneas de los manguetes que ubican figuras cuadrangulares sin profundidad.

Integración plástica. Coincidente en el tiempo con el internacionalismo, la “integración plástica” encuentra en la Ciudad Universitaria la posibilidad de lograr momentos cumbres. El estilo fue apoyado por arquitectos y artistas mexicanos y de algún modo podría representar una avanzada de vanguardia del nacionalismo de la Revolución. Se trataba de consolidar el trabajo en equipo de arquitectos, pintores, escultores, diseñadores de muebles y gráficos para planear una obra unitaria, concebida integralmente con sus recursos estéticos y sin pensar en ellos como adicionantes decorativas. Los murales

Vista aérea de la Ciudad Universitaria
Foto: Juan Guzmán



de la Biblioteca Central de Juan O'Gorman son el mejor ejemplo de la tendencia; el Estadio y la Rectoría misma con los trabajos de esculto-pintura de Siqueiros son los otros dos casos que sobresalen.

Prehispanismo. Hay un solo ejemplo de edificación dentro de este estilo pero es magistral: los frontones del arquitecto Alberto T. Arai. Siempre hubo algo en estos diseños que subyugó a la crítica estética desde que se inauguró la Ciudad Universitaria: el poderoso contraste entre las grapas de piedra que proyectan amplias sombras sobre el pavimento (los frontones), y los delicados prismas de cristal que dejan pasar el aire, el espacio, la vista y el cielo, a través de sus ventanas. Arai logró la integración no sólo con el contexto natural al usar la piedra de la región sino también con la historia misma de la arquitectura, al recurrir a la forma piramidal, entrañable por sus resonancias evocadoras del tiempo.

Plasticismo. Otro edificio que contrastó desde el principio con el entorno cuadrangular de la nueva ciudad fue el "Pabellón de Rayos Cósmicos" del arquitecto Jorge González Reyna. La conjunción de sus paraboloides hiperbólicos ha sonado siempre como un grito "expresionista" en el universo cubista del campus primigenio. En los años setentas resurgió la vocación plasticista de las formas, al cobrarse distancia de la estética internacionalista; la arquitectura del Centro Cultural Universitario integra el nuevo código arquitectónico: los edificios vuelven a tener peso virtual debido a que el "muro cortina" es sustituido por la placa espesa de concreto; la ventanería, fuente de iluminación y ventilación, asume además la tarea de ayudar a expresar el peso compositivo de los muros. Respecto del funcionamiento, los interiores se alejan de los diáfanos panoramas internacionalistas que son reemplazados por trazos oblicuos y sorpresas espaciales. Los efectos y los acentos pasan a ser términos básicos del nuevo lenguaje de los setentas.

Desarrollos recientes. La expansión de construcciones en la Ciudad Universitaria se mantiene permanente. Año con año vemos que nuevos espacios de trabajo y de investigación se

establecen. Desde mediados de los ochentas, las tendencias arquitectónicas han buscado reconciliarse con sus antecedentes; han recobrado los partidos lineales y las envolventes prismáticas y regulares de los años cincuentas y han buscado armonizarlas con la textura, el color y el peso plástico de los setentas. La ventanería encontró también un punto intermedio: ya no fue protagonista en un monólogo, pues formó parte de un elenco dentro del cual tuvo que alternar con sombras, texturas y profundidades. Los edificios de la Ciudad de las Humanidades son un buen ejemplo de esta otra línea que va sumando ya tiempo a su carta de antigüedad.

Los conceptos y sus símbolos en la Ciudad Universitaria

Pero también hay días en que me veo a mí mismo y no me reconozco. Son tiempos malos, en que la noche se prolonga del día lluvioso, el sueño no llega y peleo inútilmente con el teclado de la computadora. Y entonces descubro que parecemos condenados a ser fantasmas del 68. Y bueno, ¿cuál es la bronca?

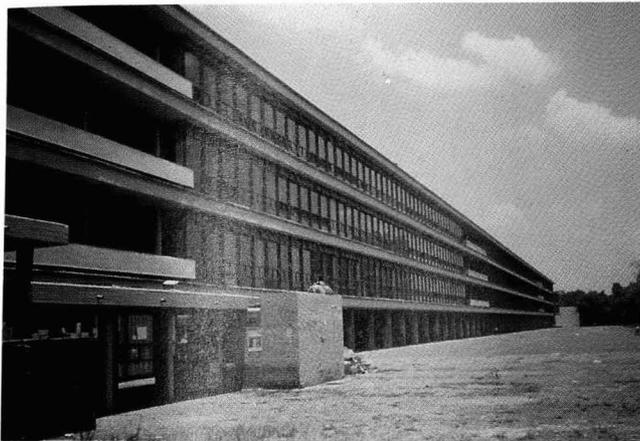
Pago Ignacio Taibo II: 68

La Ciudad Universitaria expone los símbolos no sólo del centro educativo más importante y de mayor linaje del país sino también los de la nación entera, que de esta manera se manifiesta como par histórico de la institución: ¿quién puede hablar del devenir de México desde sus antecedentes en el criollismo del siglo XVII, sin mencionar a la Universidad Nacional? ¿Quién puede hacer la auscultación de la UNAM sin dejar de apuntar la manera en que ha intervenido —e interviene— en todos los aspectos de la vida nacional? Sabemos que la Universidad Nacional no es sólo el campus del Pedregal, pues son muchas las instalaciones que rebasan este territorio y aun el de la propia Ciudad de México, pero al paso del tiempo se ha ido conformando en el ámbito del campus un relato simbólico que atesora las grandes hazañas de la historia cultural de este país.

La torre de la Rectoría, soberbia y magnífica en su juego de proporciones con el cuerpo inferior horizontal, domina desde su aislado territorio en la explanada superior del campus todo el ámbito universitario; siempre es referencia geográfica y manifiesta con su imagen la presencia permanente del gobierno académico, que dirige el devenir de la mayor congregación estudiantil del país. La Rectoría ha dejado de ser solamente el local de la administración, para ser ahora, y con mucho, símbolo de fortaleza y garantía de permanencia. La Biblioteca Nacional no sólo es el albergue de miles de volúmenes impresos; junto con la Hemeroteca Nacional es,

Biblioteca Central (decenio de los cincuentas)





Facultad de Derecho****

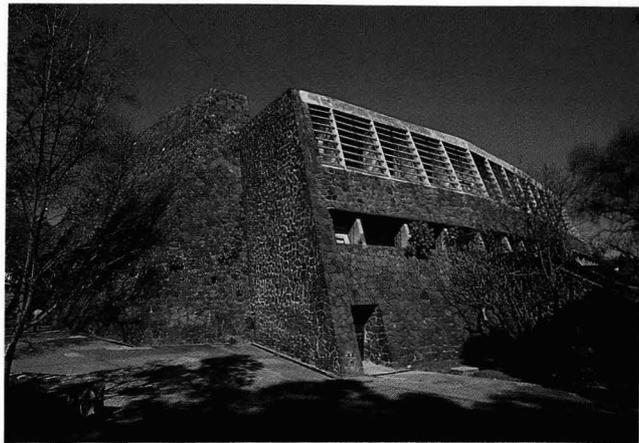
Frontón cerrado
Foto: Vicente Guijosa

Facultad de Ingeniería
Foto: Juan Guzmán

en principio, el nicho que acoge la memoria escrita del país y, después, el símbolo que nos enlaza con el gran conocimiento universal: por eso es nacional y, por ello también, es depositaria de las colecciones con las cuales la erudición novohispana supo de la teología y la herbolaria, de la geografía y los tratados de Alberti, de la legislación romana y de Homero. El gran volumen de concreto que cobija a la institución comparte el espacio con la Sala Netzahualcóyotl, la dilatada sala de conciertos sede de la Orquesta Filarmónica de la UNAM, convertida a su vez en la imagen de la difusión cultural universitaria.

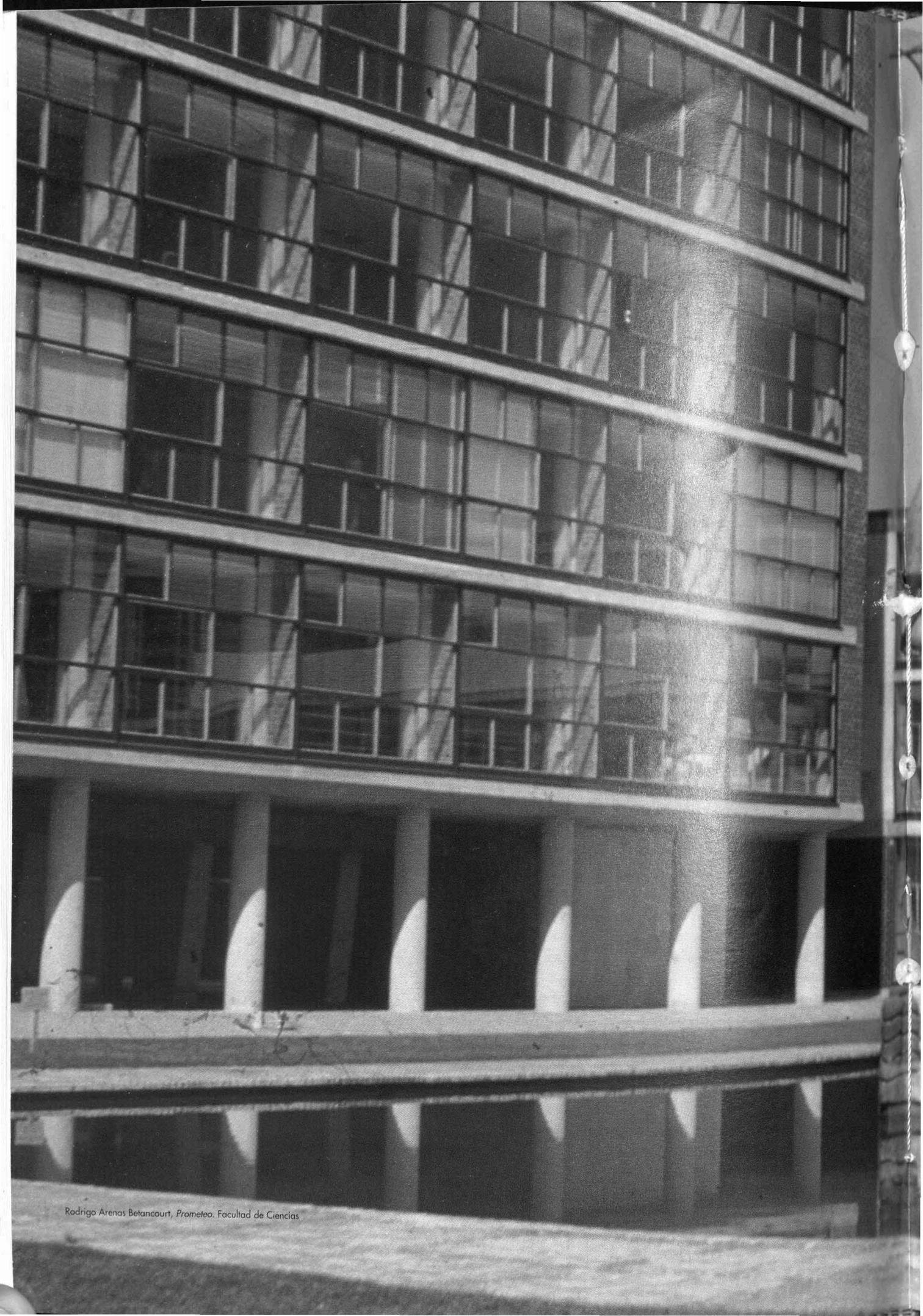
Un muy importante porcentaje de la investigación científica y humanística de este país se lleva a cabo dentro de la Ciudad Universitaria. Hablar de esta labor académica supone entender con ello no sólo la edificación de la tecnología y la base del pensamiento humanístico del México de hoy sino también la garantía de su permanencia en el futuro. Los institutos del área científica y la nueva Ciudad de las Humanidades son los recintos donde se desarrolla este cotidiano aglutinamiento de ideas, de experimentos, de evaluación de teorías... las paredes azules de los institutos humanísticos y las franjas de concreto de los edificios donde se cultiva la ciencia siguen garantizando la llegada del mañana para México.

Uno de los momentos más brillantes del deporte nacional se registró durante la celebración de los XIX Juegos Olímpicos; el Estadio "México 68" no solamente continúa siendo el gran foro de escenificación de las justas deportivas sino también el testimonio vivo de aquel notable acontecimiento del país moderno. Qué decir de la creación artística que no sólo es historia reservada a museos, ya que en la Ciudad Universitaria es parte de la arquitectura concebida con la idea de la integración plástica y, de esta manera, los murales de O'Gorman, Chávez Morado y Siqueiros contienen los espacios del estudio, la investigación y la discusión de la vida universitaria (como es el caso del Salón del Consejo Universitario). Asimismo, no nada más es el testimonio



de los triunfos de la plástica de mediados del siglo sino también la presencia emotiva y actuante del Espacio Escultórico, mágica corona de muescas de concreto que solamente sirve para aislar del tiempo una porción de la tierra; o también podría mejor decir que es útil para recordar los rumores del pedregal, aunque prefiero evocar a la Yourcenar cuando dice: "pero nosotros sólo poseemos una vida. Aunque yo obtuviera la fortuna, aunque alcanzase la gloria, experimentaría seguramente la impresión de haber perdido la mía si dejara un solo día de contemplar el universo". El espacio escultórico es un buen sitio para realizar tal actividad.

La Ciudad Universitaria no solamente es el marco que cobija a la inteligencia y el talento científico y humanístico; ha sido también sitio de lucha por la defensa del derecho de expresión y de las libertades democráticas: el recuerdo de un rector arriando en julio de 1968 la bandera nacional en señal de luto y el de la invasión militar del campus universitario en septiembre de ese mismo año son testimonios de un momento fundamental para la historia social y política del México de la segunda mitad de este siglo. Cierro estas evocaciones de la Ciudad Universitaria pensando en los senderos de su historia, en los andares de mis recorridos; vuelvo también a mirar las fotos en blanco y negro, las de las siluetas caprichosas de árboles que contrastan con los perfiles matemáticos de los edificios, y no dejo de pensar que en ese entorno se ha forjado buena parte de la epopeya del México que ocupa tiempos más allá de la modernidad. ●



Rodrigo Arenas Betancourt, *Prometeo*. Facultad de Ciencias

